

● Pálido Fuego publica la singular, ácida y carnalesca novela donde Robert Coover reescribe y prolonga la historia de Pinocho, el cuento clásico de Collodi

PINOCHO EN VENECIA

Robert Coover. Trad. José Luis Amores. Pálido Fuego. Málaga, 2015. 403 páginas. 25,90 euros

Francisco Camero

Obra de culto al igual que prácticamente todas las demás escritas por él, *Pinocho en Venecia* es uno de los libros más juguetones, feroces y desatados de Robert Coover, y a la vez, sin que medie contradicción alguna, uno de los más intelectuales, complejos y exigentes en el ejercicio de su lectura. Atestada de capas diversas de significado y de guiños a otras obras que completan su sentido, la novela se propone como la continuación de *Las aventuras de Pinocho*, el clásico y universal cuento escrito por Collodi a finales del XIX, una obra que, incluso tras la adición a instancias de su editor de algunos capítulos que dulcificaron radicalmente el seco e inclemente final concebido en primera instancia por el autor, poco o nada tiene que ver con la famosísima película de Disney. La versión animada multiplicó –aún más– la fama del relato, pero también lo tergiversó: su lectura infantil, amabilísima y complaciente con todos –con el público y con las criaturas que se dan cita en la historia– acabó por suplantar en el imaginario colectivo el espíritu mucho más sombrío, cruel, ácido y por descontado mucho más libre del relato original.

De modo que uno de los requisitos previos para disfrutar con más propiedad –o para disfrutar, a secas– de esta singularísima prolongación del cuento de Collodi por parte del autor de *Azotando a la doncella* o *La fiesta de Gerald* es, claro, conocer bien ese texto primigenio. Transfigurado en una suerte de espíritu gemelo del cuentista italiano –acaso más protagonista de la novela, por más que lo sea *in absentia*, que el propio muñeco de madera de nariz mutante y delatora– Coover nos devuelve aquí a un Pinocho anciano,

Reencuentro en el Campo de los Milagros

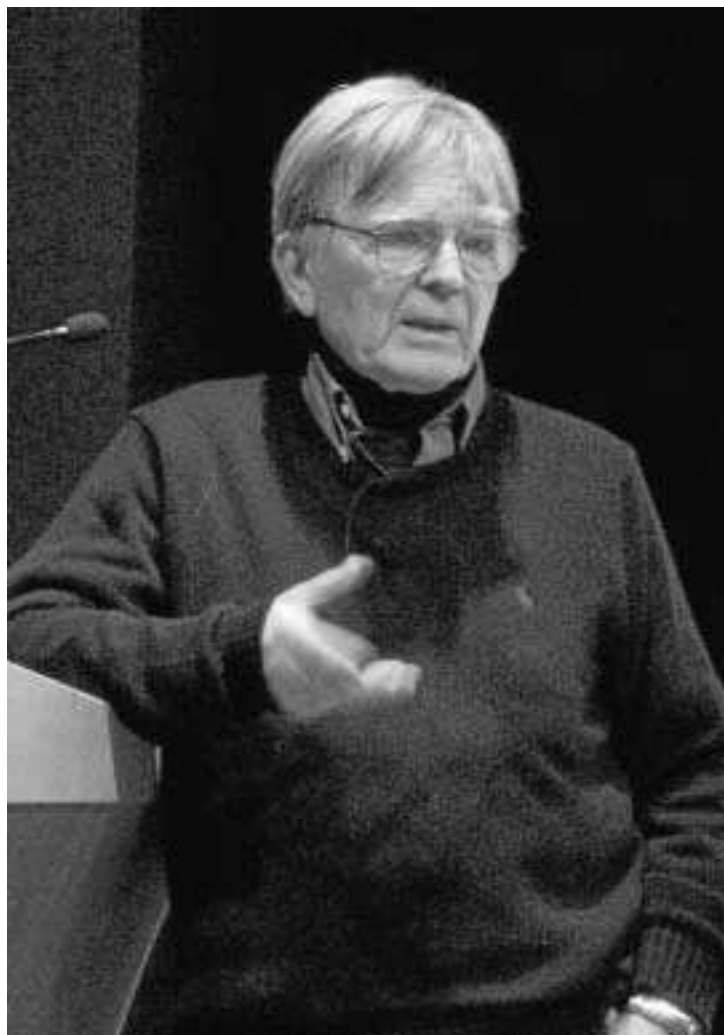
no, fatigado, hosco y célebre; un viejo *professor* que después de una carrera académica de reputación marmórea y coronas de laurel en Estados Unidos, de firmar numerosos ensayos de referencia sobre arte y teología y de adornar su leyenda intelectual con el toque mundano de sus correrías en Hollywood, desanda el largo camino y regresa a Venecia, su casa. No al decorado arquetípico de las postales, sino a una ciudad nocturna,



helada y espectral. Y vuelve para buscar un sentido último a sus andanzas por el mundo antes de cerrar los ojos, abrir la boca, estirar las piernas y, tras

una gran sacudida, quedarse tieso, parafraseando aquel final que Collodi corrigió ante los aspavientos de su editor.

Ese sentido postrero que va buscando el antiguo títere –sin saber que no será un bálsamo lo que encontrará, sino una cómica secuencia de pesadillas muy similares a las de su (no tan tierna) infancia– lo representa el libro que a toda costa anhela rematar, titulado *Mamma*, su obra magna, la que compendiará todos sus afanes intelectuales, una obra dedicada, naturalmente, al Hada de Cabellos Turquesa, quien mucho tiempo atrás, en su juventud, ofició su tránsito “de la madera a la voluntad”. El libro está atestado de referencias, más o menos explícitas, a situaciones y personajes del cuento original, con la presencia especialmente carismática e hilarante



El escritor estadounidense Robert Coover (Charles City, Iowa, 1932).

de Bluebell (en las traducciones tradicionales del cuento, Campanilla), una criatura vulgar, ingenua y lasciva, la típica novia *bruta* que avergonzaría en público y excitaría y divertiría en secreto a todo pedante de manual. Pero ade-

más de las referencias al cuento clásico, *Pinocho en Venecia* tampoco se entendería sin la sensual atmósfera crepuscular de la *Muerte en Venecia* de Mann, ni sin los contrapuntos anárquicos, bufos y carnalescos, inequívocamente *ra-*

belaisianos, que aportan al libro su tono peculiarísimo.

A estas alturas habrá quedado claro que no estamos ante un texto *realista*, y además su manera de *no serlo* es libérrima, lo cual resultará desconcertante para el lector desavisado o acostumbrado a planteamientos narrativos más convencionales. Aunque a veces él mismo se ha revuelto contra ciertas etiquetas que pesan sobre su literatura, Coover debe la mayor parte de su prestigio a sus obras experimentales, y a tales efectos el posmodernismo de esta novela es un poco *de línea dura*, lo que en este caso quiere decir que la novela es muchas cosas a la vez, pero pocas lo son de manera fácilmente perceptible, y muchas de ellas, de hecho, aguardan como enterradas bajo un caparazón formal-conceptual que en determinados pasajes puede resultar levemente disuasorio.

Por otro lado, más que la exigencia que presenta la lectura y su compleja y abigarrada sintaxis, a la postre destaca algo más impor-

La Venecia de Thomas Mann y el espíritu de Rabelais vibran también en las páginas del libro

tante: la exuberancia y el sentido bestialmente lúdico del texto. Entre animales y objetos que hablan, entre culos de viejos en pompa, resbalones de chiste, diversas formas del erotismo y reflexiones sobre el alma, la (in)mortalidad, la identidad y el impulso de la creación entre otras Grandes y Eternas Cuestiones, columpiándose entre proverbios y expresiones procaces de las calles italianas y el registro *elevado* de los comentarios sobre pintura del XVI y viejos y bellísimos palacios y templos –el libro no deja de ser, en el fondo, un retrato oblicuo y apasionadísimo de ese inverosímil logro de la Humanidad que es Venecia–, Coover nos invita a un festín pantagruélico de la palabra y, por el mismo precio, nos convence, o casi, de que todo lo que se puede narrar, tarde o temprano, se volverá posible.

protestante. Y ello contra la suntuosa Roma papal que rehabilitó la cultura clásica en el Renacimiento. La propia Staël es un destacado exponente de esa visión, junto con Heine, que orillaba a la Europa del sur a una suerte de indigencia cultural, asociada a su credo.

Llegado, pues, el momento de la pureza, de la pasión, de la sencillez, de aquellas magnitudes románticas que resume el *Werther* de Goethe, la ajada magnificencia de la Contrarreforma no será sino un motivo para la truculencia. En esta obra de Staël –determinante, decisiva, de largo influjo– se abrochará, de algún modo, esa visión del mundo que todavía hoy perdura.

LA LITERATURA Y SU RELACIÓN CON LA SOCIEDAD

Madame de Staël. Trad. Xavier Roca-Ferrer. Berenice. Córdoba, 2015. 464 páginas. 25 euros

Manuel Gregorio González

Hay un pliegue en la cultura general del XVIII que anticipa ya el cambio de intereses en el XIX. En él se solapan la mirada universal del ilustrado y el gusto por lo particular que distinguió el poliedro romántico. Su expresión más ingenua fue, probablemente, la fiebre de lo pintoresco que inundó las artes del Setecientos; su fórmula más ambiciosa quizá sea ésta que

se presenta bajo la especie del estudio histórico y que madame de Staël aplica a la historia misma de la literatura europea.

La influencia de madame de Staël durante el XIX sólo es comparable al amplio magisterio que Chateaubriand ejerció sobre la grey romántica. Ambos, no obstante, vienen contagiados por la huella arcaizante de los cantos de Ossian (un refinado pastiche, obra del escocés James Macpherson); como ambos son tributarios de la

nueva historiografía de Vico y Herder. De Ossian se derivarán, entre otras cosas, un renacer de la épica y el nacionalismo escocés. De Vico y Herder, las historias nacionales



que llenarían de héroes las plazas porticadas del Ochocientos. En cualquier caso, es la propia Staël quien define el objeto y la finalidad de sus estu-

dios: “En los pueblos, como en los hombres, hay que buscar por encima de todo su rasgo característico”. En este sentido, para la autora las literaturas del norte fueron el producto de la sencillez de Ossian y del rigor intelectual de la Protesta. Mientras que las literaturas del sur lo eran de los cantos de Homero, la benignidad del clima y la superstición papista. Quizá lo más sorprendente de aquella hora sea el giro que identificó la herencia griega con la intelectualidad